

Manuel Marzal S. J.  
Trayectoria de uno de los fundadores  
del Instituto de Pastoral Andina<sup>1</sup>

JOSÉ SÁNCHEZ PAREDES

**RESUMEN**

El itinerario religioso y antropológico de Manuel Marzal S. J. está estrechamente ligado al proceso de formación del Instituto de Pastoral Andina (IPA) que él contribuyó a fundar. Su proceso de formación jesuita en tierras americanas le permitió descubrir, de modo vivencial y comprometido, la existencia de las poblaciones indígenas de los Andes peruanos.

- 
1. Este trabajo está basado en una parte de una biobibliografía más extensa, que se publicará en un libro de homenaje al padre Manuel Marzal S. J. que está editando el autor en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).

El descubrimiento, primero del rostro humano del «indio» y después del rostro «indio de Dios», lo impulsa a promover una institución que, desde la Iglesia, vele por las raíces culturales y espirituales de la religión campesina. El contexto del Concilio Vaticano II fue el marco para este proyecto en el que Marzal promovió el estudio y la investigación rigurosa de las tradiciones culturales y espirituales indígenas, convencido de que, tras ellas, es Dios mismo el que se expresa. Así, se destaca su participación en la elaboración de etnografías religiosas, en la asesoría y formación de agentes pastorales, en la publicación de numerosos libros sobre el catolicismo popular campesino y, sobre todo, su primer impulso en la creación de la famosa revista *Allpanchis Phuturinga*, que ha servido —y sigue sirviendo— como depósito escrito de la rica tradición de estudio, promoción y evangelización de la población campesina peruana en el sur andino.

**PALABRAS CLAVE:** IPA, *Allpanchis*, religión campesina, sur andino, antropología, evangelización.

#### **ABSTRACT**

The religious and anthropological Manuel Marzal's itinerary are closely linked to the process of formation of the Instituto de Pastoral Andina (IPA), which he helped to found. His Jesuit formation process on American soil enabled him to discover in an experiential and engaging way, the existence of indigenous people in the Peruvian Andes. The discovery, first of the human face of the «Indian» and then the face of the «Indian of God», impel them to promote an institution that, from the Church, would ensure the cultural and

spiritual roots of peasant religion. The context of Vatican Council II was the framework for this project that promoted Marzal rigorous study and research of cultural and spirituals indigenous traditions, convinced that behind them is God himself who is expressed. Therefore, it emphasizes the participation of Marzal in the development of religious ethnographies, in advising and training of pastoral agents, in the publication of numerous books on popular peasant Catholicism, specially his first impulse to create the famous journal *Allpanchis Phuturinqa*, which has served —and continues to serve— as a writing deposit of the rich tradition of study, promotion and evangelization of the rural population in the southern Peruvian Andes.

**KEY WORDS:** IPA, *Allpanchis*, peasant religion, anthropology, evangelization.

## INTRODUCCIÓN

LOS MITOS, NOS DICE MALINOWSKI, más que relatos de tiempos pasados, o ficciones imaginadas por los pueblos, constituyen una realidad viviente; son el testimonio de lo que se cree que ocurrió en el pasado primordial, desde el cual actúan con poderoso influjo sobre el destino humano. Así, los mitos permanecen en el sentir, en los actos, en el discurso y en los pensamientos de las personas, haciendo resurgir en ellas, en el presente, las profundas realidades morales, religiosas y sociales en que fundan su existencia (Malinowski 1963: 32-33). Tal fue la muy profunda convicción del antropólogo y sacerdote jesuita Manuel Marzal, uno de los fundadores del Instituto de Pastoral Andina (IPA),

cuando decidió consagrar su vida a descubrir, en el alma del pueblo indígena, no solo sus verdades sociales y religiosas fundacionales sino, también, la semilla de la revelación cristiana, presente en las profundidades de sus mitos y costumbres. Por ello, Marzal nos descubre, en sus múltiples estudios sobre el mundo religioso campesino, cómo se hace manifiesta «la presencia de Dios en el pobre... en los despreciados», y cómo entre ellos se manifiesta lo sagrado (Marzal 2002: 138). Convencido como jesuita de la importancia de la inculturación en el proceso evangelizador de la población andina, Marzal contribuyó a abrir todo un universo de posibilidades para la labor pastoral del IPA en el sur andino.

En las páginas siguientes, recorreremos algunos de los principales hitos del largo camino que anduvo Manuel Marzal S. J. desde Olivenza, su lejana y querida tierra natal en Extremadura, España, hasta el corazón indígena del Cusco, donde participó en la fundación del IPA y de su revista, *Allpanchis Phuturinga*, abriéndonos las puertas del rico mundo religioso y cultural andino. Se trata, también, de un homenaje no solo a Marzal, sino a una obra indispensable en la pastoral andina de hoy y de siempre, que es parte ya de los mitos fundacionales de la Iglesia en el Perú.

El largo camino recorrido por Marzal hacia las entrañas de las tierras indígenas latinoamericanas comienza en las soleadas tardes de toros de su Olivenza natal, a las que asistía con su padre en la privilegiada zona de sombra. El joven Marzal percibió desde muy pequeño esa diferencia entre quienes podían pagar una ubicación en la sombra y quienes no. Esta fue una primera toma

de distancia de sí mismo y de su condición social para situarse en la perspectiva del otro; distanciamiento primordial que sería decisivo en su proceso de acercamiento, descubrimiento e identificación con el «otro» indígena y campesino en Latinoamérica, a la que llamó la *tierra encantada*. Español de nacimiento, adquiere la nacionalidad peruana en 1960 porque «no podía ser jesuita en el Perú sin ser peruano»; aunque, a juzgar por su profundo amor por el Perú y su gente, Marzal se consideró peruano desde que llegó a América por primera vez, en 1951.

## DESCUBRIENDO EL ROSTRO HUMANO DEL INDIO

En su largo camino hacia los Andes, Marzal recorre tres países, tres culturas, tres etapas de un proceso que será fundamental para hacerse y sentirse parte del mundo latinoamericano. El Perú, el Ecuador y México fueron los tres soportes de su identidad latinoamericana. Inicia su formación jesuítica en Humanidades en Lima (1951), continúa con sus estudios de Filosofía en Quito (1954), y en México se ordena como sacerdote y termina luego los estudios de Teología (1961-1964) para iniciar, inmediatamente, su formación en Antropología.

Aunque primero llegó al Perú, fue durante su permanencia en Quito cuando Marzal empezó a establecer sus primeros contactos estrechos con las comunidades indígenas cercanas a la capital ecuatoriana. Esta búsqueda de cercanía con las comunidades indígenas, a propósito de sus actividades pastorales, fue un factor muy importante en el desarrollo de las sensibilidades sociales y humanas que lo llevaron a definir su vocación

antropológica. Su tesis de Filosofía, dedicada a *El problema del indio del Ecuador desde la ética social de la Iglesia*, expresa el espíritu de esta su primera etapa de descubrimiento del indio americano. Esta experiencia fue decisiva en un espíritu religioso lleno de inquietudes sociales.

La primera percepción que tuvo del mundo indígena quiteño fue la de «una realidad dolorosa» que lo llevó a preguntarse cómo «resolver este problema para el bien del Ecuador y de la Iglesia». Marzal pone por escrito esta primera sensibilidad y se pregunta «¿Quién es el indio?», para responderse a sí mismo que, según sea el criterio de la indumentaria, lengua, sangre, cultura, etcétera,

serán indios los que conservan sus trajes típicos, los que hablan quechua, los que tienen la piel bronceada, los que conservan las antiguas costumbres indígenas, etc. Desde el punto de vista social el criterio más acertado parece el racial-cultural. Por lo tanto, hay que llamar indio no solo al que históricamente conocemos por tal, sino a todos los que culturalmente viven como él, aunque lleven en sus venas algunas gotas de sangre blanca (Marzal 1957).

Su primera impresión de los indígenas es la de un misionero con sensibilidad social, pero con profunda preocupación religiosa por la gente. Describe esa realidad dolorosa en la que son frecuentes las borracheras, los maltratos y los golpes a las mujeres indígenas por parte de sus maridos. Esta realidad, tan llena de contradicciones, él la ve como un obstáculo para «toda acción redentora» con ellos. El joven jesuita se conduce de ese

«nivel de vida infrahumano del indio [...] de [su] promiscuidad espantosa [de] sus altos índices de mortalidad [de] su problema psicológico [de que] se le trate muchas veces a puntapiés» (Marzal 1957). Habla con dolor por haberse enterado de que un indígena acusado de robo fuera marcado con hierro candente. En fin, en esa búsqueda del rostro humano de los indígenas, destaca como el *primer rasgo* su situación dolorosa e injusta.

El *segundo rasgo* de la dimensión humana del indio ecuatoriano es, dice Marzal, la identificación de sus «defectos». No solo tiene virtudes, «como pretenden ciertos indigenistas», sino que, «como las demás razas, tiene cualidades y defectos», tiene un «grave» complejo de inferioridad frente a los blancos y mestizos, y tiene la «gran sombra del alcoholismo, su gran tragedia». «Ahora mismo, mientras escribo —señala Marzal—, tarde del domingo de carnaval, cruzan junto a mi ventana indios borrachos» (Marzal 1957).

El *tercer rasgo* fundamental del rostro humano del indio descubierto por Marzal es su dimensión religiosa, la cual describe desde su condición de sacerdote y misionero, reconociendo que en el campo religioso, el indio sigue siendo católico, aunque carezca de un adecuada «[...] formación religiosa, tanto del Estado como de la propia Iglesia». No obstante, señala Marzal, hay que reconocerle al indio una «bondad natural», «un profundo espíritu religioso», así como «un sentido providencialista de la vida por el que atribuye todo a Dios» (Marzal 1957).

El *cuarto rasgo* que Marzal atribuye al indio es su potencial humano, «su gran amor al trabajo, no obstante la pereza que le

hemos achacado»; su gran apego, casi espiritual, a la tierra; su notable sentido del honor; su sensibilidad frente al aprecio y el cariño; «su moral matrimonial intachable, su afán de prestigio, su extraordinario espíritu de solidaridad (en la construcción de la casa, en las fiestas religiosas, en las fiestas familiares, en el trabajo en el campo, etc.)» (Marzal 1957).

En suma, su primer itinerario en el recorrido por el espíritu y el territorio latinoamericano será esta experiencia de descubrir, en toda su crudeza de vida, al indio cuyo rostro humano nos describe. Es también este *rostro humano del indio* el punto de partida para su vocación antropológica latinoamericana, la cual se alimentará de ese afán por seguir descubriendo y conociendo, cada vez más, el mundo social y cultural del indio. Llegar a conocer y a comprender su «rostro humano» era, para Marzal, el religioso jesuita, una condición indispensable para poder, desde una perspectiva más antropológica, contribuir a redignificarlo, mostrando todo el valor de su cultura religiosa. La obra de Marzal refleja este largo proceso en el que, a medida que se va compenetrando en el corazón de la cultura indígena y de su mundo religioso, va, al mismo tiempo, transformando él mismo su visión, inicialmente apasionada, de la realidad del indio, para mostrarnos a un indígena digno de su cultura, de su religión y de su pasado.

A partir de su experiencia en Quito, sus trabajos pastorales en zonas rurales y sus misiones a las zonas de sierra serán, además de una labor estrictamente religiosa, una ocasión para seguir conociendo más de la población indígena. Así, cuando retorna al Perú en 1957, con su primera visión más humana del

indígena quiteño, Marzal seguirá madurando y profundizando esa relación forjada. Sigue el mismo proceso de acercamiento al mundo indígena desde una doble perspectiva: la religiosa y la antropológica. Su vocación antropológica es ya un hecho, tanto por el tipo de problemas que se plantea ante su aproximación a los indígenas como por el tipo de técnicas que emplea: el cuestionario, la entrevista en profundidad, la biografía religiosa, la observación participante y el diario de campo. Gracias a este último, podemos tener hoy un cuadro de esas primeras etapas en las que se constituía su vocación de antropólogo de la religión. En su afán por seguir conociendo la realidad indígena, se dirigió hasta los socavones de las minas de Morococha, en los Andes. En realidad, eran jornadas cortas que duraban unos pocos días o semanas, pero que fueron vividas muy intensamente en lo religioso, en lo social y en lo emocional.

Hacia tiempo que [...] proyectábamos un contacto con el indio peruano, para comenzar a estudiar de cerca sus problemas. Como en el Perú el indígena trabaja en la minería o en la agricultura, habría que visitar alguna mina y luego alguna comunidad... [Así, en Morococha] establecimos nuestros primeros contactos. Invitamos a unos niños para el catecismo de la santa misión, charlamos con unos muchachos jóvenes y entramos en un par de casas. Todos nos recibieron con el cariño con que acá se recibe siempre a los padrecitos (Marzal 1958: 1).

Esta es una época en la que Marzal sigue desarrollando algunas de sus cualidades y habilidades como futuro antropólogo profesional, que le serían fundamentales para su posterior trabajo

con el IPA. Entre otras habilidades, destaca su gran capacidad descriptiva y de transmisión vivencial de sus observaciones. Se forja como experimentado etnógrafo, que trata de ver y de sentir la realidad indígena desde ella misma. Es un proceso que aún se basa solamente en el entrenamiento empírico y que tiene más de entusiasmo que de rigor científico, pero que lo prepara para su futura tarea antropológica. Sus descripciones de esta época están muy cargadas de emotividad, entendible por el impacto que le ha ocasionado la realidad indígena. Sin embargo, en sus trabajos de madurez antropológica reflejará esa capacidad profesional de tomar distancia de la realidad sin dejar de ser parte de esta. Nada de esto hubiera sido posible sin ese primer y decisivo impacto emocional, subjetivo y muy humano, que le suscitó conocer de cerca a los indígenas latinoamericanos. Esto mismo le permitió, ya antropólogo, identificar el rasgo central y fundacional de la devoción popular en esa relación personal, emocional y profunda que la persona establece con Dios y los santos. El resultado, pues, de toda esta etapa formativa de Marzal fue su descubrimiento de la dimensión más humana del indio, en la que, sin embargo, verá reflejado *el rostro indio de Dios*.

#### **SU SENSIBILIDAD Y SU PERSPECTIVA CIENTÍFICO-SOCIAL**

Descubierta así la realidad indígena, Marzal la convierte en objetivo fundamental de todos sus proyectos de apostolado y de trabajo profesional. En 1957, el aún estudiante jesuita de Filosofía, bastante antes de que se sintiera en Latinoamérica el influjo renovador del Concilio Vaticano II, tenía medianamente definida una visión histórica y sociológica de la actitud con la

que debía asumirse el trabajo pastoral con la cultura indígena. Cuestiones tales como si sería importante y serviría de algo enviar encuestas a párrocos para recoger material de primera mano o si sería más seguro ir y visitarlos uno por uno, si hay algún medio para resolver el problema indígena o cómo deben considerarse las fiestas religiosas de los indios, son planteadas por Marzal como necesarias para enfrentar, productiva y objetivamente, su trabajo pastoral con los indígenas.

Lo que queda claro es que, para sentir que había cumplido su labor como misionero jesuita, Marzal consideraba insuficiente estar con la población indígena, administrarle los sacramentos y celebrar la liturgia. Era indispensable conocer bien a esa población, desde sus propias categorías sociales y culturales, desde su historia y sus costumbres, pero sobre todo, desde sus más profundas y sentidas necesidades materiales, humanas y religiosas. Marzal no fue, en el campo de la labor sacerdotal, un religioso que, simplemente, hizo su trabajo; siempre fue más allá de lo que era suficiente para sentir que, con lo que hacía, había cumplido su deber. Ese mismo sentimiento de insatisfacción y de afán por dar cada vez más de sí en lo que le tocó hacer lo vemos también reflejado en el desarrollo de su trabajo antropológico. Ya como antropólogo, esa sensibilidad y perspectiva social se transformó en una bien definida vocación científica, cuidadosamente planificada para contribuir doblemente, tanto a la promoción humana de la población indígena como al desarrollo del conocimiento de nuestras culturas. Es la doble dimensión de su apostolado: pastoral y social e intelectual.

Marzal expresó nítidamente el principio de la *inculturación del Evangelio* que históricamente ha animado la acción de la Compañía de Jesús en el mundo indígena, y lo transmitió a la acción fundacional del IPA en el sur andino, acción que se nutrió de la propia realidad a la que pretendió acercarse, valiéndose de ella para hacer su mensaje más «creíble» entre los indígenas. Nuevamente vemos cómo la Antropología aparece, en este sentido, como un requisito indispensable para el desarrollo de tal perspectiva. Con razón, Marzal reconoce que

La tarea es difícil [...] predicar el evangelio a un pueblo no es colocarlo al lado de la masa presentado en formas extrañas, sino hundirlo en ella. Encarnarlo en el espíritu y mentalidad de cada pueblo. También de nuestros pueblos indígenas. Porque [...] *no hay redención sin encarnación* (Marzal 1964: 17. Resaltado nuestro).

Por todo esto, para una adecuada comprensión de la Antropología de Marzal, es importante tener en cuenta que mucho de su trabajo científico e intelectual en torno del indigenismo, la cultura y las costumbres de los pueblos tuvo, en el fondo, esa intención última de contribuir a lograr una inculturación del mensaje cristiano, de contribuir a mostrarles a los indígenas «el rostro indio de Dios», de «encarnar» el mensaje evangélico. Manuel Marzal, el antropólogo social, nos legó una obra muy rica en el conocimiento y análisis de la cultura indígena, de sus transformaciones y permanencias, y con ello ofreció un invaluable aporte al desarrollo de las ciencias sociales en el Perú y América Latina. Pero Manuel Marzal, el sacerdote jesuita, también se valió de todo ese inmenso caudal de conocimiento

de nuestras culturas, de su historia, de sus religiones, y de sus sentimientos y devociones más profundas para descubrir al mundo esos tan diversos rostros culturales del Dios universal. No solo nos descubre «el rostro indio de Dios»; también nos descubre su rostro mestizo, su rostro de inmigrante, su rostro negro, su rostro de minero y hasta su rostro burgués de clase media. Podemos pensar, pues, con justificada razón, que Marzal se hizo antropólogo social porque sentía que así perfeccionaría su perspectiva social, más allá de una mera sensibilidad, para hacerla un instrumento útil tanto a la Iglesia como a la ciencia.

Para Marzal es claro que no se puede entender la realidad indígena desde el etnocentrismo implícito y explícito de muchas de las experiencias de evangelización y cristianización que han partido de la propia Iglesia, constituyéndose más bien en barreras frente a la población. Por eso, para Marzal es importante hacer de la liturgia, por ejemplo, un elemento que exprese, en términos de la propia cultura indígena, su relación con Dios. Si bien perteneció a una generación previa al Concilio Vaticano II, Manuel Marzal se nutre, sin embargo, de su espíritu de crítica, autocrítica, cambio y modernización de la acción pastoral frente al mundo. Por ello, celebra la apertura del Concilio a las modificaciones hechas en la liturgia, con lo que ve un camino abierto a las adaptaciones cristianas en función de la cultura indígena y popular: «Gracias a Dios, el Vaticano II nos ha abierto el camino [...] para adaptar la liturgia a la mentalidad y tradiciones de los pueblos [...]» (Marzal 1964: 2).

Como sacerdote con perspectiva social y vocación antropológica, Marzal se mostró muy entusiasmado por ese clima renovador

inspirado en el Concilio, y se mostró vivamente interesado por todas las normas conciliares orientadas a lograr una efectiva adaptación del cristianismo a las condiciones culturales actuales. No es tanto la cultura la que debe adaptarse a la Iglesia, sino más bien esta a la realidad latinoamericana y su diversidad cultural. Pero para ello es importante que la Iglesia conozca a fondo la realidad cultural, social y humana indígena. Por eso, con mucha objetividad, claridad y seguridad, Marzal manifiesta que

Lo primero que hace falta para adaptar la liturgia al indio es conocer al indio. Y no al indio ideal, sino al indio de hoy. Con todas sus luces y sombras. Con todos sus traumas, fruto doloroso de su pasado histórico. Es claro que lograr tal conocimiento es sumamente difícil y requeriría un estudio a fondo. Por eso nos contentaremos [aquí] con [...] señalar los campos que deben investigar a conciencia los que vayan a realizar la adaptación. Y creemos que tal adaptación debe hacerse en una triple dimensión: a) psicológica, b) social y c) religiosa (Marzal 1964: 10).

Podemos confirmar, de este modo, que gran parte de la obra inicial de Marzal en Antropología de la Religión tuvo un importante y significativo impulso en todas estas posibilidades que el Concilio le abrió para el estudio y la investigación de la cultura religiosa de los pueblos latinoamericanos. Ello significó, en su condición de sacerdote, una importante contribución a la labor de la Iglesia peruana desde las bases del IPA; experiencia que, además, ha contribuido al logro de los objetivos de la Antropología Social y Cultural.

## GESTANDO EN MÉXICO EL PROYECTO DEL IPA

Cuando en 1961 Marzal inicia sus estudios de Teología en el Instituto Teológico de Jesuitas en México D. F., ya tiene definida su vocación y propósitos antropológicos; por ello, una vez concluida la carrera de Teología, en 1964 inicia la de Antropología Social en la Universidad Iberoamericana (UIA), en donde madurará el proyecto institucional del IPA. Marzal llegó a México con proyectos muy definidos acerca del *qué* hacer en relación con los indígenas peruanos; el *cómo* y con *qué* estrategias es lo que habría de establecer y desarrollar en la UIA. La importancia de este período «mexicano» en el itinerario antropológico de Marzal es triple. Concluye su formación jesuítica y es ordenado sacerdote (el 26 de octubre de 1963); inicia, formal y académicamente, su carrera de antropólogo social, y comienza, para él, una carrera más existencial de lucha contra la muerte. Sobrevive a un trágico accidente automovilístico en México, que no sería el único en su vida, pero que cambiaría dramáticamente muchos de los planes que se había trazado respecto a su trabajo entre los campesinos sur andinos peruanos.

Uno de sus mayores intereses por seguir Antropología Social en México fue nutrirse de la tradición y experiencia indigenista mexicana en Antropología Aplicada, ya que tenía el viejo sueño, desde sus años de Filosofía en el Ecuador, de fundar en el Perú un centro de investigación y promoción de la población andina. En México se dedica a recorrer varios lugares en los que se aplicaban, con diversos y controvertidos resultados, programas indigenistas que le sirvieron para alimentar sus planes antropológicos futuros.

Trajinado y experimentado en recorrer los diversos rincones de la *tierra encantada* latinoamericana, Marzal optó por la Antropología de la Iberoamericana como modelo por su «clara consigna de ir al campo». Gran parte de la maestría estaba organizada sobre el trabajo de campo en zonas indígenas, y en la investigación y evaluación de problemas vinculados a su promoción y desarrollo. Debemos destacar, por esto, que desde el principio Marzal opta por una Antropología menos intelectual, pero más comprometida con el trabajo directo con la población indígena, con su promoción y evangelización. Opción entendible desde su condición y visión de sacerdote que vive con desgarro su descubrimiento del indio con la realidad de pobreza, discriminación y sufrimiento ancestrales. Su deseo era contribuir a revertir esta situación, y para ello tenía la mirada puesta en el Cusco.

Entre los destacados profesores que tuvo en México, Marzal mantuvo una especial relación con Ángel Palerm, su maestro universitario, director de tesis y amigo entrañable. Con Palerm, Marzal mantuvo prolongadas conversaciones acerca de diversos temas, sobre todo de aquellos que fueron, posteriormente, algunos de los centros principales de su reflexión y producción antropológica: indigenismo e Historia de la Antropología. En Palerm, Marzal reconoce una notable influencia académica en la reflexión que habría de desarrollar en torno del indigenismo en el Perú; así, por extensión, hay que reconocerle a Ángel Palerm cierta influencia en la Antropología del Perú, por todo lo que le inspiró a Marzal con sus trabajos acerca de México. Marzal fue un cercano interlocutor de Palerm en sus primeras reflexiones indigenistas. Es en ese diálogo y en esa interacción personal que

Marzal recibió el rico influjo al que alude como el motor de su indigenismo peruano.

Toda la producción académica de Marzal en esa época está consagrada a temas indigenistas y de promoción indígena, en los que, frecuentemente, compara las realidades de México y el Perú. Finalmente, su tesis de maestría en Antropología (Marzal 1968) refleja su nítido interés por conocer bien los procedimientos de acción con la población indígena, sobre la base de la experiencia mexicana. Curiosamente, a pesar de los trasfondos religiosos de la intención antropológica de Marzal en México, una de las cosas que deploró de esos años en la Iberoamericana fue no haber llevado ni un solo curso de Antropología de la Religión. Por eso decía que se vio en la necesidad de «aprenderla sobre la marcha». En realidad, este fue uno de los campos que también empezó a definir formalmente en sus años en México, a donde llega con su gran bagaje de conocimientos y experiencias en religión popular, cuya visión de conjunto empieza a sistematizar a la luz de la formación recibida. Felizmente, las condiciones en las cuales desarrolló su labor sacerdotal y profesional en el Perú fueron las óptimas para que pudiera constituirse, prácticamente, en un autodidacta de la Antropología Religiosa. Con su riquísima experiencia empírica en la cultura religiosa latinoamericana y con lo estudiado en torno del indigenismo en México, suplió la ausencia formal, en su currículo académico, de cursos sobre Antropología Religiosa.

## DESDE EL IPA HACIA TODO EL SUR ANDINO

Al final de su formación antropológica en la Iberoamericana, Marzal recibe el ofrecimiento de ir a Estados Unidos para realizar un doctorado en Antropología, proyecto que descartó porque decía que, para sus planes de hacer Antropología aplicada en el Cusco, era suficiente la Antropología que le habían enseñado en la Iberoamericana. Su interés era propiciar el desarrollo de dichas poblaciones, considerando que en el Perú no existían programas ni políticas oficiales en esa línea de temas, y que instituciones tan importantes como el Instituto Indigenista Peruano adolecían de una gran limitación de acción frente a dicha problemática. Aunque su deseo fue fundar instituciones propiamente jesuitas para la promoción y el desarrollo indígenas, en la práctica su participación fue más bien desde la Iglesia mayor, pues estuvo presente en la formación de los más importantes centros de investigación que aún hoy siguen vigentes en el Perú. Así, el Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), el Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP) y especialmente el IPA fueron algunas de las instituciones que Marzal contribuyó a crear, y desde las que investigó y desplegó muchas tareas antropológicas y pastorales. Impulsó cursos de formación en cultura y religión andina para sacerdotes y demás agentes pastorales, alentó proyectos de estudio de la religión popular andina, impulsó revistas y publicaciones especializadas en cultura indígena, su religiosidad, su historia y etnohistoria, etcétera. Muchas de esas instituciones germinaron en los planes de Marzal durante la efervescencia social, religiosa y política de los años del Vaticano II y luego de Medellín.

Así, con una visión más pragmática de lo que debía ser su trabajo como sacerdote y antropólogo, Marzal llega al Cusco decidido a formar esa institución de investigación y de apoyo a la pastoral campesina. Cuando esto ocurre, ya tiene desarrollada su primera concepción de religiosidad popular, forjada en sus años en México y el Ecuador, y que habría de seguir profundizando y enriqueciendo en los años de investigación que vendrían después. Se trata, nos dice Marzal, de una religiosidad muy sentimental, en la que Dios es concebido, paradójicamente, como un ser cercano y distante; es una religiosidad que alienta el fatalismo y la resignación; no enfrenta el problema del ateísmo; se manifiesta en las peregrinaciones, promesas y oraciones a Dios; se entremezcla con la brujería; presta poca importancia al culto público de la misa; se centra en los sacramentos del bautismo y la confirmación; tiene un escaso cultivo formativo y bíblico (ignorancia religiosa); tiene una muy vaga idea sobre el pecado; mantiene mucha distancia respecto al clero, entre muchos otros rasgos. Reconociendo la provisionalidad de estas reflexiones en torno de la religión de los pobres, Marzal dice que «no son rasgos definitivamente comprobados. Son únicamente [...] punto de partida para futuras investigaciones» (1966: 43). Investigaría el resto de su vida, para legarnos hoy su obra mayor sobre religiosidad popular que, como al principio, aún sigue siendo punto de llegada y de partida en el estudio de la religión en América Latina.

La creación del IPA en el Cusco fue uno de los canales importantes de profundización del conocimiento y la comprensión de esa religiosidad popular del pueblo campesino; fue también vital para la proyección de la Iglesia peruana en la perspectiva

pastoral de Medellín. En el marco del IPA, que abarcó desde un principio las diferentes jurisdicciones eclesiásticas de la región surandina, se asesoró a los agentes pastorales que trabajaban en todas las zonas quechua y aimara.<sup>2</sup> El primer gestor fue el entonces obispo del Cusco, monseñor Ricardo Durand Flórez, y el padre Manuel Marzal fue su primer director y promotor de investigaciones durante los iniciales y cruciales años de su fundación. Logro importante de esta época fundacional del IPA fue la creación de la famosa revista *Allpanchis Phuturinga*, que ha servido —y sigue sirviendo— como depósito escrito de la rica tradición de estudio, promoción y evangelización de la población campesina peruana en el sur andino.

Las obras fundamentales de Marzal sobre religiosidad popular en el Perú, su pasado y presente, se gestan en el contexto de esta intensa labor fundacional del IPA, cuando se le encargó realizar los primeros estudios antropológicos de la religión popular campesina en las zonas rurales del Cusco y Puno. Estos estudios fueron considerados como de carácter «piloto», pues se esperaba que sus resultados alcanzaran cierta representatividad en las diversas parroquias y diócesis del sur andino. Algunas parroquias fueron elegidas como piloto para realizar un estudio integral, bastante completo, de sus sistemas religiosos en sus diversos aspectos: las creencias, los mitos, los rituales, etcétera.

---

2. En la época de la fundación del IPA, había siete demarcaciones eclesiásticas en el sur andino: la arquidiócesis del Cusco, las diócesis de Abancay y Puno, y las prelaturas de Ayaviri, Chuquibambilla, Juli y Sicuani. Este ámbito abarcaba, según el censo de 1961, a una población de aproximadamente 1 800 000 habitantes.

Así, en 1968 Marzal realizó su primera investigación de campo en el Perú, en la parroquia cusqueña de Urcos. Sobre la base de esa experiencia se producirá *El mundo religioso de Urcos* (Marzal 1971), su primera etnografía religiosa del campesinado sur andino. En dicho estudio, Marzal nos presenta un muy detallado panorama de los aspectos socioeconómicos de la parroquia de Urcos, de su sistema de religiosidad popular y de los procesos históricos de su cristianización. Tal como será clásico en su posterior producción antropológica, al final del libro Marzal hace una reflexión teológica, así como unas recomendaciones pastorales. En general, aspiraba a convertir esta primera obra suya en la «primera piedra de un directorio de pastoral campesina de la zona que oriente a los agentes de pastoral en su difícil trabajo de cada día» (Marzal 1971: I-II).

Al importante trabajo realizado en Urcos le suceden una serie de investigaciones más puntuales sobre la religiosidad campesina surandina, que pretendían constituir una profundización y exploración de los derroteros marcados por el primero. Fueron estudios esenciales en el propósito de alcanzar una mayor comprensión de la dinámica y el sentido del catolicismo del campesinado andino; catolicismo que, se asumió, configuraba un patrón religioso fundamentalmente panandino. Los dos estudios siguientes, que mantuvieron esta misma perspectiva, fueron realizados en parroquias de las zonas quechuas de Puno; se trata de «La imagen de Dios en un pueblo sur-andino peruano» (Marzal 1977a) y «El servinakuy andino» (Marzal 1977b), realizados en Ayaviri, capital de la provincia de Melgar, y en Orurillo, distrito de la misma provincia, respectivamente. En el libro titulado *Estudios sobre religión campesina*, de 1977, Marzal

reúne estos dos trabajos y uno tercero sobre «El sistema religioso del campesino bajo piurano», realizado en Ayabaca, Piura, y que constituye, según su autor, una síntesis representativa del «pensamiento y el ritual religiosos del campesino» (Marzal 1977a: 5).

Tal como hemos venido destacando en estas páginas, la obra de Marzal —sobre todo en su etapa clásica— no solo está constituida por investigaciones fundamentales de Antropología de la Religión en el Perú, trabajadas con métodos científicos, sino que han sido gestadas en el seno de una profunda preocupación pastoral de la Iglesia por su población campesina. Pero quizá su mayor valor científico, aparte de su valor pastoral, sea que, además de describir y analizar la imagen de Dios que tienen los campesinos, proponen el que será uno de sus principales aportes teóricos a las ciencias sociales y a la Etnohistoria: su contribución a la formulación de una teoría del *sincretismo religioso andino*. Ya en su estudio de Urcos, Marzal anticipa la idea de «mezcla» para explicar el proceso de formación de la religión campesina. Sin embargo, en el estudio de Ayaviri se refiere a un «sincretismo andino» en el que ha habido selección, interpretación y reinterpretación de elementos culturales religiosos cristianos por parte de la cultura indígena, resultando de ello el sistema religioso andino actual. Los posteriores trabajos de Marzal seguirán desarrollando esta teoría del *sincretismo andino*.

Aunque no es Marzal quien inicia el desarrollo de la teoría del sincretismo, sí contribuye a enriquecer su definición y los métodos para su estudio. A partir de los datos empíricos que muestran que los ayavireños «siguen creyendo en la Pachamama andina, al lado del Dios creador cristiano», Marzal se pregunta:

«¿Qué evolución ha tenido el panteón andino [...] para llegar a esta situación? ¿Qué clase de sincretismo supone la misma?... ¿Qué cree en verdad el campesino ayavireño que dice venerar a la Pachamama?» (Marzal 1977a: 107). Respondiendo a estas y otras cuestiones, hace luego un minucioso análisis de las principales significaciones dadas por los campesinos a cada una de sus creencias fundamentales, presentando así un primer balance del proceso sincrético seguido por el «mundo» andino desde la Conquista. Desde el punto de vista metodológico, este trabajo constituye también una importante contribución al análisis etnohistórico de la religión y la cultura andinas, en la línea de los trabajos de otros destacados peruanistas como Franklin Pease (1975) y Pierre Duviols (1971), entre otros, en cuyos textos se apoya y con quienes dialoga. Estas dos obras a las que acabamos de referirnos —las de Pease y Duviols— son como el punto de partida de una larga y prolífica obra fecunda en Antropología, Historia y Etnohistoria andina peruana y latinoamericana.

Similar importancia científica tendrá en la obra de Marzal el estudio de la institución del servinácuy, tal y como lo observó y registró en las comunidades puneñas de Orurillo. Procurando siempre ser objetivo con la cultura religiosa del campesinado, el padre Marzal analiza el servinácuy a la luz de importantes teorías antropológicas sobre el matrimonio, y en una perspectiva histórica y comparativa de las costumbres matrimoniales campesinas. En modo alguno se trata de «matrimonios de prueba» o de «concubinatos»; el servinácuy, nos dirá Marzal, constituye, para la población campesina que lo practica, una «primera etapa socialmente admitida de un matrimonio concebido como pro-

ceso y en el que la voluntad de permanencia y las obligaciones mutuas son cada vez más sagradas» (Marzal 1977b: 208).

Uno de los rasgos típicos en casi toda la obra de Manuel Marzal es hacer, en ella y sobre ella, una reflexión teológica y pastoral. Con suma objetividad y distinguiendo cuidadosamente el análisis científico sobre la religión de su apreciación cristiana acerca de esta, Marzal no dejaba pasar la ocasión para plantear los retos y problemas que la cultura religiosa campesina presenta a la labor evangelizadora de la Iglesia.<sup>3</sup> Aunque no escribió nunca un tratado exclusivo sobre lo que debía ser la labor pastoral entre los sectores populares y la población indígena y nativa, ni elaboró sistemáticas reflexiones teológicas sobre la naturaleza «revelada» de las religiones por él estudiadas, Marzal dejó para otros esa doble tarea, proponiendo pistas de trabajo en las conclusiones de sus principales libros y, en general, en su profusa etnografía y etnología religiosas.

- 
3. Además de la formación científica en Antropología y ciencias sociales, afirma Marzal, «En esta reflexión me han sido muy útiles mi formación teológica y mi práctica pastoral en diversos ambientes culturales. Aunque se siga debatiendo los pros y contras de la propia postura religiosa en la investigación del fenómeno religioso, juzgo que es muy necesario conocer tanto el horizonte teológico y cultural donde se mueven los actores religiosos como la experiencia personal del contacto con Dios. Pero ello no niega que deban tomarse las oportunas cautelas, tanto en el trabajo de campo [...] como en el análisis de la información» (Marzal 2002: 15).

## EVANGELIZACIÓN, ANTROPOLOGÍA Y CULTURA

Uno de los aportes fundamentales de Marzal a la evangelización campesina, en el marco de su trabajo con el IPA, fue, sin duda, destacar la importancia de la relación entre aquella y la Antropología desde una perspectiva cultural, intercultural y de inculturación del mensaje cristiano. Convencido de la estrecha relación que hubo, desde tiempos de la Colonia, entre la labor de los misioneros españoles y un conjunto de estrategias, métodos y técnicas empleados con claro matiz antropológico, mucho antes del surgimiento de las ciencias sociales en Occidente, Marzal defendió la tesis del surgimiento hispanoamericano de la Antropología en los siglos XVI y XVII, en el marco de esa primera evangelización y bajo su influjo. Y no podía ser de otro modo, ya que era necesario conocer las sociedades y las religiones indígenas en vista de su necesaria transformación cultural y religiosa. Los estudios históricos y etnohistóricos de Marzal muestran cómo, efectivamente, en muchos aspectos, los primeros misioneros fueron verdaderos precursores de la moderna Antropología científica. Ya sea en las bien logradas etnografías religiosas coloniales como en las cuestiones y reflexiones que se plantearon acerca del origen de los pueblos andinos,<sup>4</sup> o en el análisis que se hizo de los ritos andinos y en el registro de las tradiciones orales y los intentos por interpretar la diversidad de

---

4. Como el caso del jesuita José de Acosta (1979 [1590]), quien en su *Historia natural y moral de las Indias* analiza, con verdadero rigor científico, una serie de hipótesis que va proponiendo sobre este tema.

mitos recogidos,<sup>5</sup> así como en los intentos por tipologizar a los indígenas americanos,<sup>6</sup> Marzal descubre una «antropología misionera andina» cuyo legado pretende constituir en una primera tradición histórica heredada por el IPA.

Marzal insiste en la tremenda importancia que tiene la Antropología en la labor evangelizadora de la Iglesia a través de instituciones como el IPA, pero también señala que es la propia Antropología la que debe estar alerta para responder a los retos que la labor pastoral le plantea en los tiempos actuales. La Iglesia, dice Marzal, ha creado y consolidado una clara conciencia de la pluralidad cultural en medio de la cual debe desarrollar su labor evangelizadora. Por ello, Marzal suscribe las ideas de Juan Pablo II al referirse este a la «evangelización de la cultura», ya que toda fe surge en un marco cultural y depende de su plena inserción en este para ser acogida por los pueblos. Especialmente satisfactoria encuentra Marzal la gran importancia que el papa Juan Pablo II le asignó a la primera evangelización, en la cual se sentaron las bases de la actual cultura e identidad religiosas latinoamericanas. Marzal destaca, así, cómo la propia Iglesia, en la voz del papa y de sus obispos, propone que «la fe del evangelio [a la revelación sobre Dios] deba expresarse en las formas culturales propias de las distintas religiones»; de esta manera, la evangelización de la cultura constituye una perspectiva que trasciende las religiones y costumbres autóctonas, para proyectarse

- 
5. Como lo hiciera el párroco de Huarochiri, Francisco de Ávila, en el siglo XVII. La recopilación de estos mitos fue publicada por Gerald Taylor (1987).
  6. Es el caso de la clasificación elaborada por Bernabé Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo* (1964 [1653]).

sobre la compleja diversidad cultural contemporánea, moderna y hasta posmoderna de un mundo cada vez más globalizado (Marzal coordinador 1991: 25-26).

Una de las mayores exigencias que se le presentan tanto a la Iglesia como a la Antropología es la de responder adecuadamente a la diversidad, pluralidad y complejidad culturales a las que alude Juan Pablo II y que suscribe Marzal. Sin duda, el reto común es el de orientar una perspectiva intercultural de respeto, tolerancia y acogida mutua entre los evangelizadores y el pueblo evangelizado. Y en esta visión de las cosas, es indispensable asumir una postura favorable al diálogo intercultural. Así, como sacerdote y antropólogo, Marzal desarrolló, en sus investigaciones y acciones pastorales en el Perú, una actitud que, sin duda, debe ser considerada entre las fundamentales para propiciar dicho diálogo intercultural: el respeto mutuo por las manifestaciones culturales y religiosas propias de cada grupo humano. Por eso, en un tono autocrítico por su responsabilidad como miembro de la Iglesia, Marzal admite que

[...] hace falta entablar un diálogo sincero [con la cultura campesina]. Porque después de todo el diálogo es la única manera civilizada de establecer una relación entre adultos, y los indígenas lo son, a pesar de las muchas veces que repitieron los misioneros de la colonia que *son como niños* y por eso, en algunas partes, sobre todo en México, les llaman paternalmente *los inditos*. Pero para que sea posible ese diálogo, es indispensable que el sacerdote se despoje de su seguridad: su seguridad cultural como miembro de la cultura dominante, a la que pertenece por su origen o por

su formación, y su seguridad eclesial como miembro de la religión verdadera. Tengo la esperanza de que estas páginas [que] quieren ser la voz religiosa de los campesinos, ayuden a entablar ese diálogo (Marzal 1971: II-III).

Tal diálogo es esencial en una perspectiva pastoral que busca inculturar el Evangelio sobre la base de un conocimiento pleno y objetivo de los valores culturales de los otros. Lo evidente es que en el Perú ocurrió un complejo proceso de sincretismo que significó que los propios indígenas reinterpretaran, desde sus propias culturas y tradiciones, el mensaje y contenido cristianos. El resultado de este proceso fue el variado conjunto de los llamados «catolicismos sincréticos» que persisten hoy en los diversos ámbitos culturales campesinos, rurales, suburbanos y nativos amazónicos.<sup>7</sup> Estas culturas religiosas, constituidas históricamente en el marco del catolicismo, son la pauta fundamental para orientar las actuales propuestas de una inculturación que llegue a las raíces de sus creencias, de sus ritos, de sus formas socialmente organizadas y de sus normas éticas. Tal fue el propósito de Marzal al contribuir a la fundación y desarrollo del IPA.

## **DESDE EL PERÚ A TODA LATINOAMÉRICA Y EL MUNDO**

Debido a las secuelas del grave accidente sufrido en México, Marzal nunca pudo realizar con plenitud su deseo de dedicarse a la Antropología aplicada en el Cusco. Por ello, tuvo

---

7. Cf. Marzal (2002: 409-440).

que permanecer en Lima y desde allí desarrollar su vida como antropólogo y sacerdote. No obstante, se dedicó a sus labores antropológicas con el mismo ánimo, responsabilidad y compromiso asumidos en su recorrido por tierras americanas. Debió alternar su dedicación a la docencia universitaria en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) con sus proyectos de investigación en diversas partes del país. En una época —como la de los años sesenta y setenta— en la que las ciencias sociales, muy impregnadas de ideología, veían como poco importante el estudio de los fenómenos religiosos, Manuel Marzal se dedicó diligentemente a la laboriosa tarea de estudiar con objetividad científica la religión de los pobres, no como un producto «residual» de su cultura sino como uno de los factores claves para entender al pobre y poder llegar a él. Desde su condición de sacerdote y antropólogo, Marzal orientó sus investigaciones en una perspectiva interdisciplinaria en la que confluían conjuntamente la Antropología, la Sociología, la Psicología, la Historia, la Filosofía y la Teología. Decía que su discurso no se dirigía únicamente a una comunidad científica sino, fundamentalmente, al mundo cristiano.

Por su gran prestigio y conocimiento antropológico, fue convocado en múltiples ocasiones a diversos lugares del Perú y el mundo para dictar cursillos, cursos, seminarios y conferencias magistrales en diferentes niveles académicos, tanto en instituciones educativas universitarias como en instituciones de la Iglesia. En todas ellas difundió su conocimiento del mundo religioso del Perú campesino. Así, por ejemplo, se destacan los cursos Antropología Cultural y Religiosa, dictado en el Ecuador y Colombia para el Instituto de Pastoral Latinoamericana (IPLA); Religión

Popular Latinoamericana, en el Instituto Teológico de Recife, Brasil; Metodología de la Investigación Religiosa y Popular, en la Universidad Católica de Asunción, Paraguay; La Transformación Religiosa en la Ciudad de América Latina y Antropología Latinoamericana, en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma; Indigenismo en América Latina, en la Universidad Autónoma Metropolitana de México, entre muchos otros cursos ofrecidos en el extranjero, todos ellos entre 1972 y el 2002.

Por todo esto, podemos decir que Marzal, el antropólogo, constituye una figura de talla internacional, cuyas actitudes y principios —y, sobre todo, cuya prolífica obra— trascienden los límites de su producción en el Perú para proyectarse como un importante referente de comprensión de la religión y la cultura andina, popular y urbana en América Latina e inclusive en otras partes del mundo.

### **MANUEL MARZAL Y SU PROLÍFICA OBRA**

Como suele ocurrir con otros grandes escritores, la obra de Manuel Marzal S. J. es sumamente prolífica y, como hemos visto, prácticamente se inicia con sus trabajos primordiales realizados por encargo del IPA en los años setenta. Realizar un balance y una descripción de toda esa rica producción bibliográfica es una tarea que excede los propósitos de esta breve semblanza. Sin duda, el tema principal de Marzal fue la Antropología de la Religión, en cuyo ámbito produjo numerosos libros propios y en colaboración, así como una innumerable cantidad de artículos, ensayos y ponencias en congresos que conforman hoy su

legado escrito y, además, un punto de referencia indispensable para la comprensión y el conocimiento de la cultura, la religión y el proceso histórico de formación del Perú profundo. Notable investigador y americanista, el padre Marzal ocupa un lugar destacado entre los estudiosos más importantes de la historia y la realidad indígena del Perú. Los variados temas que comprende su producción son la Historia de la Antropología y el indigenismo en el Perú y Latinoamérica, la religión indígena prehispánica y colonial, la evangelización, la labor misionera de los jesuitas, la recopilación de crónicas y de otras fuentes etnohistóricas, la formación de culturas religiosas sincréticas, los sistemas religiosos indígenas y campesinos, la religiosidad popular, el pluralismo religioso, los nuevos movimientos religiosos y la migración rural urbana, entre muchos otros.

Si quisiéramos seguir trazando el derrotero bibliográfico de Marzal a lo largo de su vida, tendríamos que señalar como otro hito importante *La transformación religiosa peruana* (1983). Por su concepción histórica; por la rigurosa metodología en que funda la recopilación de datos históricos, de documentos paleográficos y de muchas otras fuentes documentales; por la gran cantidad de información manejada, así como por los análisis e hipótesis propuestas, esta obra es un valiosísimo aporte a la historia de los procesos de constitución de la cultura, la sociedad y la identidad no solo peruana sino de América Latina. En torno de ella, Marzal desarrolló una gran cantidad de artículos, ensayos y conferencias en los que se fueron enriqueciendo, corrigiendo y matizando sus ideas sobre cómo el Perú se hizo católico después de la conquista española. Igual importancia en su secuencia bibliográfica más cronológica tiene su libro *El sincretismo*

*iberoamericano* (1985). En esta obra se concentra parte del núcleo fuerte de sus reflexiones acerca de los procesos de cambio religioso, reinterpretación cultural y sincretismo. El libro constituye un aporte a la teoría antropológica general en este tema, con el valor agregado de ser un triple estudio antropológico e histórico comparativo de los sistemas religiosos más representativos de la cultura religiosa latinoamericana.

En una línea más de Antropología Religiosa urbana, pero que sigue los rastros de las formas religiosas culturales del mundo campesino, otro momento clave en la trayectoria bibliográfica de Marzal está constituido por *Los caminos religiosos de los inmigrantes en la Gran Lima* (1988). Como los anteriores, este libro es un ambicioso tratado sobre los procesos de transformación cultural y religiosa de la población provinciana migrante en la ciudad. En la medida en que analiza los tres principales modos de experiencia religiosa urbana encarnados en la religiosidad popular, la religión católica —de orientación más «oficial»— y el mundo de las «otras» religiones e iglesias, este libro presenta uno de los panoramas más completos de la compleja y variada cultura religiosa urbana, desde el cual es posible seguir planteando nuevas hipótesis y líneas de investigación sobre estos temas.

Fiel a la Compañía de Jesús, Marzal emprende la laboriosa tarea de compilar una de las más importantes antologías de las diversas crónicas escritas por los misioneros jesuitas sobre su trabajo entre las sociedades indígenas en América. En *La utopía posible: indios y jesuitas en la América colonial* (1992-1994), Marzal recoge una visión amplia de lo que fue la labor jesuítica durante sus dos primeros siglos en tierras americanas, desde la llegada

de la orden al Brasil, en 1549, hasta su expulsión y supresión de América, en 1759. Es una antología basada en crónicas ya publicadas, y que analiza y comenta, desde la perspectiva del propio «contexto de la respectiva misión», así como de su «triple dimensión de evangelización, de promoción humana y de descubrimiento del otro» (Marzal 1992-1994, t. I: 13). Las misiones jesuíticas comprendidas en este extenso trabajo son las que estuvieron situadas en el Brasil, el Perú, Paraguay y Nuevo Reino, Chile, Quito, Nueva España y Nueva Francia, estas dos últimas en América el Norte.

Como no podía ser de otro modo, uno de los resultados de su prolongada carrera docente en Antropología fue la preparación de manuales fundamentales de historia de la disciplina, tema central en los numerosos cursos que dictó en la PUCP y en otras universidades del Perú y el extranjero. En esta categoría de obras producidas por el padre Marzal figuran los tres volúmenes de su *Historia de la Antropología —Historia de la Antropología indigenista, Perú y México* (1981), *Historia de la Antropología Social* (1996) e *Historia de la Antropología Cultural* (1997)—, todos ellos publicados por el Fondo Editorial de la PUCP y que tienen varias reediciones en el Perú, el Ecuador y España. Su mayor contribución en esta línea de su producción antropológica ha sido, sin duda, el haber desarrollado, con profusión de datos, información histórica; y con mucha convicción, derivada del rigor científico seguido, la tesis del origen hispanoamericano de la Antropología, con lo cual relativizó los orígenes de la disciplina.

Por otro lado, podemos incluir en esta importante categoría de obras de «docencia», aunque de un alcance más amplio que la

sola perspectiva histórica, su ya citada *Tierra encantada. Tratado de Antropología Religiosa de América Latina* (2002). Aun cuando Marzal no desarrolló libros propiamente teóricos, en los que sintetizara las abstracciones de sus principales modelos de análisis, al final de su carrera antropológica y docente recoge, en *Tierra encantada*, uno de los más completos panoramas y síntesis de lo producido en el marco de las ciencias de la religión. Conociendo el desarrollo de la obra del padre Marzal en sus diferentes facetas, se puede ver que él sostiene, efectivamente, una postura teórica más bien ecléctica,<sup>8</sup> que logra conciliar los más variados enfoques y teorías, adaptándolos a los casos concretos que estudió. Por ello, *Tierra encantada* es, en tanto manual, muy útil para la enseñanza de la Antropología de la Religión, al mismo tiempo que presenta un panorama de las múltiples entradas teóricas y analíticas que, a lo largo de su carrera, Marzal utilizó para comprender tanto el hecho religioso como a sus protagonistas.

Como todo estudioso de la cultura en una perspectiva amplia, Manuel Marzal tuvo, en su vasta obra sobre el Perú y América Latina, los principales elementos y argumentos para señalar aquello que aún requiere seguir siendo investigado desde la

---

8. En efecto, como dijera en una entrevista ya referida anteriormente, Marzal señaló lo siguiente: «[T]engo una posición más ecléctica, me apoyo en autores de la antropología cultural francesa o de la antropología indigenista, según el tipo de tema que estoy trabajando» (entrevista a Manuel Marzal realizada el 21 de octubre del 2000 por Juan Huaraz Acuña, estudiante de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos). A esta apreciación de Marzal habría que agregar que también utilizó, de manera igualmente productiva, los marcos teóricos de la Antropología Social británica.

Antropología de la Religión. Tanto en *Tierra encantada* como en otros artículos y conferencias,<sup>9</sup> Marzal nos indica cuáles son los vacíos persistentes en el estudio de la religión en el Perú y en América Latina. De modo sucinto, podemos mencionar entre estos «vacíos» de investigación los siguientes temas: en el nivel teórico y metodológico, el estudio de la alineación religiosa, de los estados de ánimo y de las motivaciones que genera la religión en quienes la viven; y en el nivel del catolicismo latinoamericano, la teoría de la devoción popular, el análisis del pluralismo católico, el sincretismo como forma de inculturación, los nuevos movimientos eclesiales. De este espectro temático, Marzal destaca, como temas muy poco estudiados, el sentimiento religioso y la ética religiosa, señalando que las ciencias de la religión en el Perú deberían poner en ellos una muy especial atención, tanto en los actuales como en los futuros estudios sobre religión.

Finalmente, para tener una visión lo mas fidedigna posible de la producción de Marzal, en este apretado e incompleto panorama de su obra debemos destacar su inagotable vocación de diálogo académico y científico, expresada en sus innumerables participaciones en congresos, simposios, seminarios y en cuanto foro de discusión sobre temas de religión se le invitaba a asistir en el Perú, América Latina y Europa. Fruto de esta intensa actividad académica y científica es su no menos numerosa producción de artículos, ensayos y demás estudios breves, que han sido recogidos en diversas publicaciones conjuntas, así como en

---

9. Cf. Marzal (2004).

prestigiosas revistas —en diferentes lenguas— especializadas en temas de religión.

Como el propio Marzal destacó en más de una ocasión, a pesar de las dificultades que le tocó enfrentar en tierras americanas, él consideraba que su vida había sido plena y feliz. No cabe duda de que, en esta autoapreciación de su existencia humana, un ingrediente fundamental fue la experiencia de descubrir, conocer y trabajar, científica y cristianamente, por el bienestar de las poblaciones indígenas, a las que dedicó gran parte de su vida en el IPA. Marzal fue un portavoz de *los que no tienen voz para expresarse*. Llegue pues a él este tributo y recordatorio merecido por su importante aporte a la ciencia, a la Iglesia y al Perú, como desde aquí a toda América Latina.

## REFERENCIAS

ACOSTA, José de

1979 [1590] *Historia natural y moral de las Indias*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

COBO, Bernabé

1964 [1653] *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

DUVIOLS, Pierre

1971 *La lutte contre les religions dans le Pérou Colonial*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.

MALINOWSKY, Bronislaw

1963 *Estudios de psicología primitiva*. Buenos Aires: Paidós.

MARZAL, Manuel

2004 «Algunas preguntas pendientes sobre la religión en América Latina». En: Manuel Marzal, Catalina Romero y José Sánchez. *Para entender la religión en el Perú, 2003*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 15-48.

2002 *Tierra encantada. Tratado de Antropología Religiosa de América Latina*. Lima y Madrid: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Editorial Trotta.

1997 *Historia de la Antropología Cultural*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1996 *Historia de la Antropología Social*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1992-1994 *La utopía posible: indios y jesuitas en la América colonial*. Tomos I y II. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1988 *Los caminos religiosos de los inmigrantes de la Gran Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

1985 *El sincretismo iberoamericano*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

- 1983 *La transformación religiosa peruana*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 1981 *Historia de la Antropología indigenista: México y Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- 1977a «La imagen de Dios en un pueblo sur-andino peruano». En: Manuel Marzal. *Estudios sobre religión campesina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 9-140.
- 1977b «El servinakuy andino». En: Manuel Marzal. *Estudios sobre religión campesina*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 141-214.
- 1971 *El mundo religioso de Urcos. Un estudio de antropología religiosa y pastoral campesina de los Andes*. Cusco: Instituto de Pastoral Andina.
- 1968 *La aculturación de los otomíes del Mezquital. Un intento de evaluación del PIVM*. Tesis para optar a la maestría en Antropología Social. UIA, Escuela de Antropología, México D. F.
- 1966 «El fenómeno religioso en *Los hijos de Sánchez*». En: *Comunidad, Cuadernos de Difusión Cultural*, vol. I, UIA, primavera, marzo, pp. 36-45.
- 1964 *La liturgia en las zonas indígenas*. México. Inédito.

1958 *Quince días con el indio peruano (4-7 marzo 1958)*. Diario de trabajo misionero. Sierra peruana. Inédito.

1957 *El indio ecuatoriano*. Cotocollao, México. Inédito.

MARZAL, Manuel (coordinador)

1991 *El rostro indio de Dios*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

PEASE, Franklin

1975 *El Dios creador andino*. Lima: Mosca Azul.

TAYLOR, Gerald (editor y traductor)

1987 *Ritos y tradiciones de Huarochiri del siglo XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.